

momento en que se las pondría al cráneo pelado y mondo para que él le dijera cosas más sabias que las que él alcanza a decir.

—¿Eres pariente del *Homo neanderthalensis*?

Se hace una pausa, durante la cual el cráneo calla.

El hombre de ciencia sigue contemplándolo y como lamentándose de ¡lo que somos!

—¿Eres pariente del *Homo rhodesiensis*? —pregunta de nuevo el sabio.

El cráneo se obstina en callar, aunque sea indudable que tuvo voz, y una clase especial de voz alguna vez.

—¿Eres un *Homo sapiens*?<sup>184</sup>

El cráneo sigue silencioso. Y entonces el sabio se va a su despacho lleno de piedras, de hachas de sílex, de hierros podridos, de riscos de tierra y mineral y, comprobada ya la mudez y la indefensión del cráneo, lo coloca sobre su mesa y escribe:

<sup>184</sup> El *Homo neanderthalensis* y el *Homo rhodesiensis* fueron homínidos, es decir especies extintas del género *Homo*. El *Homo sapiens* es el ser humano moderno.

En cuanto se encuentra un cráneo fuera de los cementerios se cree haber encontrado un cráneo primitivo, un cráneo de los que usaron sobre los hombros los primeros hombres.

Enseguida se llama al antropólogo de la región, y hay una escena muda, de un humor shakespeariano<sup>182</sup>, entre el sabio y el cráneo.

La tierra en que ha estado sepultado ha deformado la cabeza, que nunca tuvo tan grandes pesos encima, aunque fuese la cabeza de un mozo de cuerda<sup>183</sup>.

El sabio se baja las gafas, se las levanta, se las quita, las limpia, se las vuelve a poner, y hay un

<sup>182</sup> Alusión a la escena II del acto V de la tragedia *Hamlet*, de William Shakespeare (1564-1616), en la que el protagonista se dirige al cráneo del bufón Yorick.

<sup>183</sup> Los mozos de cuerda se mostraban en los lugares públicos con una cuerda al hombro, a la espera de ser contratados para llevar cosas de carga o hacer recados.



Ramón Gómez de la Serna

«Se puede calcular que hace muchos más años de los calculados hasta ahora vivía el hombre sobre la Tierra.

»El cráneo que hoy he descubierto pertenece al año siguiente de los tiempos glaciales, que, como se sabe, duraron de doscientos a diez mil siglos.

»No solo atestiguo con M. Boule que los hombres existen desde hace varios millones de años, sino que frente a este cráneo podría asegurar el número exacto y hasta los días».

Comunicado esto por duplicado a la Academia de Ciencias de París y Londres, el cráneo es llevado a las vitrinas, después del solemne bautizo, póstumo y definitivo, en que se le pone *Perenpopithecus*, o *Mencarontecorpus* u *Homorinconteco*, según el gusto del padrino, que en este caso, aunque es costumbre poner al niño el nombre del abuelo o de la abuela, el que elige es el nombre del tatatatatatatatatatatarabuelo.

El cráneo se queda solitario sobre la linfa<sup>185</sup> transparente del cristal que le sirve de repisa, y

<sup>185</sup> Linfa: líquido transparente que recorre los vasos linfáticos. También se usa como metáfora del agua.